

PERFIL

Sobre El Río Interior

Decididamente, nada es fácil con el río. Una vez que nos tiene entre sus manos no nos suelta. Nos arropa, nos sostiene, nos deleita, y al mismo tiempo nos vomita sin piedad, empujándonos todo el tiempo hacia adelante, forzándonos siempre a ir más allá de nuestras limitaciones y posibilidades.

Una cita con el río

El deseo del río se encuentra siempre presente y en movimiento. Sólo el hombre que se haya animado por la ética de una rebeldía soberana puede ser parte de una travesía inolvidable, de un viaje de iniciación que, por el contexto filosófico, bien podríamos denominar “espiritual”. El *arte del cruce* es entonces una práctica *filosófica-espiritual* que se encuentra siempre en movimiento, en permanente actividad, y este dinamismo intrínseco es el que hace propulsar al cruzante (el sujeto del cruce) a favor del río y a favor de la vida. El guerrero del cruce no ve las dificultades que encuentra en su camino como limitaciones, sino simplemente como obstáculos a superar. Su obsesión es ser parte de esa corriente ininterrumpida, inflexible y determinante que lo lleva siempre a fluir hacia adelante, hacia la orilla de aquellos logros que ni siquiera se atreve a imaginar.

El cruzante que llamamos *guerrero* va en contra de todo lo que le hace obstáculo a su paso y en contra de todo lo que no es río y oportunidad, interrogándose y reinventándose todo el tiempo con cada nueva decisión, por eso se obsesiona en “no ceder”. Incluso debe ir en contra de sí mismo cuando se niega a luchar, cuando no quiere perder aquello que ya ha conquistado y se aferra eso inútilmente, cuando se niega a dejar ir aquello que el río ya ha decidido llevarse. Y esta temeraria forma de avanzar siempre hacia adelante, no da de ninguna manera la perspectiva de un fin. La

experiencia misma del cruce lleva en su seno –tal y como lleva el río en su esencia- los gérmenes de su propia renovación. Este es un cruce de hoy y para después. Pensado solo para aquellos que tienen la osadía de cambiar con el cambio, desafiarse a sí mismos y enfrentarse a lo que desconocen de sí mismos. Solo un deseo decidido y arraigado en su propia existencia puede sostener y empujar tan titánica tarea. Y ese deseo siempre se encuentra vivo y despierto, latiendo de mil modos distintos en los testimonios de los cruzantes.

Todos los practicantes del cruce tienen una manera muy personal de testimoniar su paso por el río. El cruce no puede ser reducido a un método ni a un sistema de pasos o técnicas para alcanzar un fin, porque no es nada en sí mismo y es todo a la vez. El Cruce es un Arte. Un arte de cruzarse a sí mismo. Y sin embargo no se lo pude encuadrar en una pintura que lo pueda encarcelar dentro de un marco. Cuando uno piensa que puede cruzar el río, el río ya no está más allí. El único retrato que se puede hacer de él es bajo la imagen de una pintura en movimiento, siempre viva, pulsante y llena de color. Una imagen dinámica que no es solamente imagen y que representa para cada uno de sus cruzantes una manera de ser, adecuada a la naturaleza cambiante y real del río.

Simple, fresco, áspero, intempestivo, inabarcable, ingobernable, flexible, pero nunca, jamás indetenible, pacífico o moderador. El río está siempre presente, expectante y disponible para aquellos cruzantes que quieren hacer del cruce la razón -y la locura- de su vida. A toda hora. Cada día. A cada minuto y en cada pensamiento. En cada decisión. En cada suspiro y en cada oportunidad que despunta en el horizonte. El río es el nombre del hombre que vendrá. “Hágase tu cruce en este río, y a esta hora”, reza en el frontispicio imaginario de una imaginaria Escuela del Cruce.

Ser áspero sin ser colérico, intratable, pero sin ser malhumorado. El cruzante que adopta el semblante de guerrero y enfoca su cruce

como una batalla no es conformista, pero tampoco es desaforado o sin medida. Es un luchador que tiene siempre un deseo firme y persistente que lo empuja y lo mantiene alerta y decidido. El río es real y es un extremo en sí mismo, y lejos está de la neutralidad. El río arroja al cruzante a lugares impensables, a situaciones siempre inhóspitas y cambiantes, confusas o desconocidas para el que las cruza, pero con él, el guerrero se adentra en eventos fabulosos jamás imaginados. Es una convocatoria siempre al arrojo, al ahora, a la locura sutilmente controlada. Un llamado a ser hombres libres y soberanos de sus propias acciones. Hombres que son siempre guerreros poderosos y gentiles, pues son aquellos que andan por la vida livianos y flexibles. Eso es lo que le gusta al río: cruzantes fuertes, resueltos y arriesgados frente a la vida. El guerrero que aspire a adentrarse en los misterios de su río solamente se vale de su audacia. Su principal apotegma es: “Sólo cuento con mí mismo”. Este es el fundamento de su fuerza y determinación, siempre inflexible, inquebrantable, porque uno no es simplemente lo que dice; uno es lo que hace que dice. La mirada del guerrero focalizada siempre desde la filosofía del cruce interroga esta misma posición, que es... “dices...”, pero, ¿qué es lo que haces?

Este es el mensaje que surge de las entrañas del propio río y que reflota ahora en los pensamientos del hombre moderno que está dispuesto a dar la vida por vivir algo más que el simple hecho de vivir. Vivir la experiencia de ser él mismo quien vive su vida, y no vivirla para aquel que se la ha dado (el Otro) no para aquel que se la quita (el Sistema). El río se presenta ante los ojos del mundo tan transgresor como el bravo hombre que lo cruza. Ya en sí mismo el hecho de pararse, de pararse en la vida, desde que el niño en su ambicioso paso hacia la adultez logra finalmente ponerse de pie, ya nunca más va a parar de andar y de crecer. Y su lema de allí en adelante será, hasta la muerte, *el movimiento*.

El río, el río que vive dentro de nosotros, el río que somos, de síntomas, de goces, lleva en sí mismo como esencia, clara y simple, la

intolerancia a detenerse, a poner un freno a su incansable y siempre incesante deseo de moverse, de vivir. De él se desprende una fórmula que dice: “No cruza quien quiere, sino quien puede”. No hay un instante del río que el cruzante pueda atrapar y hacer de él una anécdota. Este es el deseo del río anudado al deseo del cruzante. He aquí lo que denominamos la Gran Realización. El deseo del cruzante, para el río, es lo que un cruce debe poder extraer como deseo singular. Singular en tanto que es propio de cada cruzante y no es comparable al deseo de ningún otro que cruza. La filosofía del cruce está articulada a este punto: es aquí, en el río, que se demuestra al “uno por uno”, la singularidad de esta experiencia única e irrepetible que es en sí mismo el simple acto de *Cruzar un río*.

H. CUCCARESE

HUGO CUCCARESE